

Palabra, si te dijera...

Eduardo Casar

Digo un ay como si me sobraran
palabras
cuando me sobra papel.

Cuando el pulso se me enreda (ve mi mano) y no me caben los huesos en el esqueleto fiel. Cuando quisiera el espejo de tu boca para el canto porque yo canto en silencio y sin tu boca no canto. Hundo la pluma en mi vida como quien busca en un pozo alguna herencia perdida: la pluma se llena y crecen palabras bajo mi piel.

Palabras,
para cumplir mi papel.

ABRASARSE.

Y ahora
procura no pensar
en el agua sexual
que sujeta al contorno de su cuerpo.
No se te ocurra mencionar
ni su elasticidad ni su firmeza,
ni el sonido de su respiración bajo ese manto.

No envuelvas a su cuerpo con esa larga tela transparente.
Porque alcanza para cubrir al tuyo. Y hierve.

Porque toda tu piel se abrazaría.

DOS QUE CINCO RELOJES.

Agua. Para nacer,
para informar al cuerpo de volumen,
para lograr que la mirada

desaparezca en una línea azul,
para que se nos justifiquen
los senos y la sed. Un reloj de agua
para quitarnos las noches anteriores.

Y viento, para que la luz pueda
sostenerse en el aire,
para que nuestra sombra cobre cuerpo,
para que al sumar un cuerpo en otro cuerpo
la noche crezca, la sombra se duplique.

Y tierra, para plantar un libro,
para plantar las ramas donde se vaya el libro,
para plantar en ese libro la imagen de una niña
definitiva y amorosamente. Tierra
para las mesetas y la niña y las palabras.
Para que las frases se vuelvan y devuelvan.

Y fuego, luego un reloj de fuego
como el que consumió al amigo,
para volver ceniza sus palabras,
para ponerle franjas
amarillas y calientes al viento,
para que arda en las venas su memoria,
para que el agua tenga
con quien jugar a que inventa sonidos.

Luego un reloj de tiempo,
uno de esos normales,
para que a todos nos dé tiempo
de morir por completo.